

LA VIRGEN DEL CORO

EN LAS CALLES DE DONOSTIA

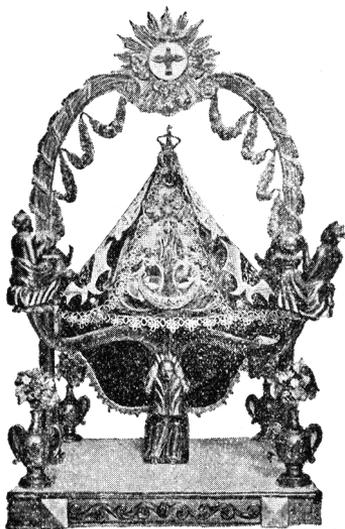
AL cabo de sesenta años, el día 10 del presente mes de Octubre se paseó solemnemente por las calles de San Sebastián a la excelsa Patrona de la Ciudad, la milagrosa imagen de la Virgen del Coro.

La última vez que salió procesionalmente fué con motivo de la epidemia colérica que se cebó en los alrededores de la Ciudad, dejando sangrientas huellas de su mortífero paso.

En la ocasión presente, la pavorosa conflagración europea fué la causa a que obedeció la salida de tan venerada Efigie, a fin de lograr por su intercesión la paz tan deseada entre los pueblos hoy en lucha.

La ferviente devoción que los donostiarras profesan a su celestial Patrona y la circunstancia de no haberla visto por las calles de la Ciudad más que contados vecinos de mucha edad, fué causa de que se festejara el suceso con extraordinarias muestras de satisfacción y contento.

Todas las casas situadas en la carrera que había de recorrer la procesión (31 de Agosto, Alameda y Mayor) estaban adornadas con vistosas colgaduras, las Sociedades izaron sus banderas, y una devota de la Santísima Virgen levantó en la calle Mayor un primoroso arco de bella forma y gallardas proporciones, que ostentaba en su anverso la inscripción «Koru'ko Birjiña miraritzuari».



La Virgen del Coro.

La Peregrinación de la Orden Tercera, que congregó numerosos terciarios de todo Guipúzcoa, dió mayor relieve al acto, celebrándose solemnes funciones mañana y tarde en la hermosa iglesia parroquial de Santa María, donde tiene su trono la milagrosa Virgen del Coro.

A las cuatro de la tarde salió la procesión, viéndose las calles del tránsito ocupadas por inmenso gentío, que se afanaba por contemplar el paso de la sagrada Imagen.

Formaron en la procesión los terciarios de las diversas Guardianías de Guipúzcoa y gran número de vecinos de la Ciudad, viéndose obligados a ordenarse en filas de cuatro, y a pesar de esta disposición, antes de que la venerada Imagen saliera de la iglesia parroquial, la cabeza de la procesión llegó en la Alameda frente al Mercado. Se calcula en once mil el número de fieles que concurrió al acto. Unos quince o veinte estandartes de las Ordenes Terceras y una efigie de San Francisco de Asís aparecían distribuídos entre la extensa línea de concurrentes a la piadosa ceremonia.

La milagrosa Imagen de la Virgen del Coro era llevada en hombros de sacerdotes de la localidad, dándola escolta de honor seis miqueletes y un cabo con bayoneta armada.

Acompañábanla el clero local, sacerdotes terciarios forasteros, y capuchinos, haciendo un total de noventa y tres eclesiásticos, a los que presidían el Obispo donostiarra D. Javier Irastorza y el Prelado de la Diócesis, Monseñor Melo y Alcalde, con báculo y mitra.

La presidencia de honor la constituían el Gobernador civil, marqués de Atarfe; el Gobernador militar, marqués de Campo Alegre; el Vicepresidente de la Diputación provincial, Sr. Urgoiti, con los Diputados Sres. Laffitte, Rezola, Satrústegui, Conde del Sacro Romano Imperio, Urreta, Icazategui, Orbea y Amezttoy; el Alcalde, Sr. Uhagón, con los Concejales Sres. Barriola, Marcellán y Olasagasti, y delegaciones de los Cuerpos de la guarnición.

Una banda de música y el nutrido coro de tiples de la «Schola Cantorum» entonaron durante la procesión notables composiciones religiosas de Palestrina, Bach y otros afamados autores.

El acto, en suma, por su grandiosidad, por la concurrencia y por el religioso fervor que constituyó su nota característica, fué digno homenaje a la excelsa Patrona donostiarra, por cuya intercesión se solicita el final de la sangrienta lucha que devasta la mayor parte de las naciones europeas.

E. E.

